

## LA PALABRA CREYENTE: AGONÍA, MISERICORDIA Y REDENCIÓN

La Pasión, la Muerte y la Resurrección de Cristo, cuya memoria doliente, pero esperanzada, se evoca cada Semana Santa, se articula poéticamente en una triple dimensión lírica que se expresa en la plasmación retórica de la Agonía, la Misericordia y la Redención. Es este un haz semántico poético sobre el que se ha construido, desde el origen del hermoso –y original– acto del “Poeta ante la Cruz”, toda una cosmovisión dolorida del sentimiento plasmado en la música de las palabras, que son el radiante lazo que ata la Semana Santa al gesto más dilatadamente universal de la literatura: el poema. El acto, llevado a cabo por la Real Cofradía Penitencial de Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora, consiste en una lectura de poemas ante la imagen del Cristo Yacente, acompañada por el coro salmantino “Francisco Salinas”. La continuada reiteración de tan solemne manifestación religiosa cada Domingo de Pasión, durante 25 años, ha permitido que arraigue con fuerza y vigor en la Semana Santa salmantina esta manifestación de fe nueva y original que ha contribuido, al tiempo, a enriquecer la celebración de dicha Semana Santa hasta el punto, incluso, de merecer la publicación de este corpus poético religioso que ha ido acumulándose a lo largo del último cuarto de siglo.

En una época tan secularizada como la nuestra, la aparición y permanencia de una costumbre religiosa como la que analizamos, voluntaria y exenta de dogmatismo alguno, orienta y presagia los nuevos cauces por los que habrá de discurrir en el futuro la religiosidad y los modos de manifestarse la fe de los creyentes, en todo momento inmersos en la sociedad en la que viven. Sin embargo, existe aún en la celebración de la Semana Santa un elemento arcaico que la enlaza poderosamente con los más instintivos temores de los hombres de todas las culturas, y que no es otro que el predominante papel que en todas ellas desempeña la muerte. Por desgracia creemos estar hechos para el dolor y no para la luz, para la muerte de la carne y no para la pervivencia del espíritu. De ahí que los poetas, cuyos versos desnudaremos a lo largo de las páginas siguientes, se centren mucho más en la agonía y el sufrimiento de Jesús, ya sea para describirlos, ya para compartirlos con Él, que en el aspecto más fulgurante de los últimos días de Cristo como hombre en la Tierra.

### 1-LA AGONÍA

Hace algunos años, en un texto que llevaba por título “Agonía de Dios, resurrección del hombre”, el teólogo Xabier Pikaza escribió lo siguiente: “Hay una agonía de Dios que sólo se comprende al trasluz de los dolores de la historia. Por medio de Jesús, Dios ha bebido el cáliz de amargura de la tierra. Sorbe hasta las heces nuestra muerte; participa de manera total en nuestro infierno. [...] Pues bien, en la medida en que Dios asume la agonía de la tierra los hombres resucitan”. Desde estas palabras iniciales, que abonan el suelo que pisamos en cada Semana Santa, la Agonía es, sin duda, el centro de toda la escritura elegíaca de estos escritores creyentes que viven y recrean en sus palabras el dolor del Cristo sufriente. En ella se condensa esa necesidad humana que expresara Carlos Bousoño en su poema “Hacia el Calvario”, donde rogaba al Cristo: “Tú pasas. Deja que toque/ tu blanca túnica al menos”. Así la palabra busca convertirse en roce y en caricia... La devastación del cuerpo del Dios hecho hombre es el detonante de la reflexión sentida que hace al poeta salir a hallar respuestas. Ante este enigma el hombre sólo tiene como solución el lamento, el grito o el silencio, y sus sucesivos rostros: la denuncia, la crítica o el lirismo. Por ello, en todos los poetas de la Semana Santa, la Pasión agónica se constituye en el centro de su lírico hilar.

De este modo, es habitual asociar en el Cristo el amor a la sangre y expresar, por ello, esta experiencia desconcertante con la paradójica suma de contrarios que la fe de José Ledesma Criado destila en su verso “Cristo de la luz y de las sombras anhelantes”. La agonía se escribe con el léxico del tormento, haciendo sobre la imagen del Cristo extenuado, toda la cosmología semántica del daño que hace del Cuerpo Santo su torrente. Por ello, el Cristo de Ledesma Criado hace sobresalir la antítesis entre la congoja engastada en lo oscuro (sombras, sed, tinieblas, nieblas, muerte...) y la esperanza que levemente descuella detrás del tiempo (amor, lluvia, luz).

Con frecuencia los poetas reflejan y sienten la angustia del Cristo como suya. “Concedéndonos nuestra propia agonía” –clama al Señor el poeta José Manuel Regalado–. Parece lógico creer que sea debido a la compasión por lo que estos poetas sienten como propia esa agonía universal que halla su principio y su mayor hondura en Getsemaní, allí donde Jesús sintió la intensa extenuación del abandono. En algunos casos, incluso, sienten que la congoja de Cristo se repite día tras día a nuestro lado. “Jesús grita desde el abismo de todos”, escribió hace tiempo el teólogo y hoy obispo, Ricardo Blázquez. Lo ha versificado José Manuel Ferreira Cunquero, con sus versos alargados, en el

poema “Lo he visto”, en el que dice: “Entonces descubrí que el Calvario está en la calle,/ donde el hombre se nos muere a la intemperie”.

Por otra parte, si la palabra de los poetas florece ante el dolor que atraviesa sus miradas, el panorama que sirve de escenario a la tramoya cruel de la muerte no permanece tampoco impasible ante tal suplicio. Y si hay un poeta que lo manifieste claramente, este es el mencionado Ferreira Cunquero, el escritor de la humanización del paisaje por excelencia. En él esta travesía triple se desplaza esperanzada del sufrimiento hacia la luz y recrea un universo dolorido en torno a la muerte del Cristo y a su remembranza anual. La agonía en él se materializa en ambas dimensiones del narrar, desde el tiempo (“un látigo de sudor recorre/ hombros doloridos de la tarde”) hasta el espacio (“tiñe el beso árido por el perfil del monte”). Extremos ambos que, anudados, construyen el ánimo del Cristo y se dejan canalizar en sus emociones. La materia se hace, de este modo, presente en el desconsuelo: “mordiéndose sube la tristeza”, “la tristeza eyaculada por el miedo”. También las horas personifican su quehacer, y callan en su transcurrir la culpa que invade todo el proscenio que rodea la herida: “las horas te dejan callando/ entre soledades el último grito”. El Cristo de Ferreira es un hombre pleno en su sentir, es un Dios humanizado en todo su esplendor doliente. Víctima de los suyos “sufre y afronta/ injusta barbarie del hombre”. También asustado (“le crecía una mirada de cemento”) acata la limitación material de todo lo que le rodea y, por ello, comparte el padecimiento de un mundo que junto a él también es víctima de lo injusto: “los niños recaudan en las basuras/ el frágil sopor de los juguetes”.

De igual manera, espeso es el silencio en la escritura agónica de Pedro Hernández Puerto y, por ello, enhebra y da forma a todo su poemario. El silencio, como semblante del dolor, tiene, a su vez, numerosos gestos, pero especialmente se manifiesta en el desplegarse del quejumbroso mando de la muerte –como ocurría en la escritura de Ferreira Cunquero– por el paisaje que se contagia de él: “La ciudad se te entrega en esta hora,/ asume tu dolor, está contigo”. Y el amanecer del último día vuelve opacos sus perfiles y clava en su rostro cristales de agonía.

Pero no todo el espacio es urbano, la naturaleza también es señalada por esa herida radical que cambia el sentido del tiempo. De esta manera, por ejemplo, las metáforas del sufrimiento se expresan en Pilar Ballester Vázquez a través de los elementos naturales –e incluso artificiales– más puros: flores, barcos... O por el vuelo, que cruza la extensión del poema en la pluma alegórica de Josefina Verde. Ave frente a mar que la

cobija en el viaje, barca frente a tormenta, y al final la fe abandonándose en preguntas al abismo de lo que no se entiende: “¿quién nos podrá salvar/ hoy de nosotros mismos?”. En Ángel M<sup>a</sup> de Pablos, por su parte, las señales preceden a la tragedia. La naturaleza ya anticipa todo el proceso ascendente de la Cruz enraizada en la cima, del que luego se hablará: del fuego al vuelo. De igual modo, el entorno se condensa en la poesía de Mercedes Marcos Sánchez con el tinte pictórico plomizo del dolor que avanza (“bajo la luna llena encanecían los olivos”, expresa la autora en una imagen iluminada de hermosura), mientras la poeta no se atreve a mirar de frente tanto daño (“duermo para no ver al que sufre”).

De manera especial, llama la atención esa tarde común reiterada en gran parte de los poemarios. Esa tarde cenicienta que ya hiciera musitar a Bousoño, acelerándosele el verso final a pulso de latido estremecido: “‘Yo soy la luz’. Miraba hacia la tarde./ Un polvo gris caía tenue, lento./ Era la vida un soplo, un dulce engaño;/ sombra, suspiro, sueño”. Esa tarde de Pasión triste, viernesina y tan gris por más que los poetas la engalanemos con nuestras imágenes, ha sido la peor tarde de la Historia, por triste y por homicida. Esa tarde, tan ajada como eterna, que evoca, al escucharla, la *Fantasia sobre un tema de Thomas Tallis*, de Ralph Vaughan Williams, es la tarde de todas las pasiones de Cristo que desde hace dos mil años se vienen repitiendo en los corazones de los creyentes cada semana santa. No resulta extraño, por eso, que los poetas le dediquen algunos de sus versos más simbólicos.

Unas veces la imagen poética utilizada se basa en la personificación: así, Ferreira Cunquero se refiere a los “hombros doloridos de la tarde” y escribe que “la tarde es un llanto de ternura”. Una variante es la que lleva a cabo Juan José Sánchez Benito cuando identifica la tarde con el propio Jesús en “El día más oscuro”: “Cuando Jesús cerró los parpados/ y mandó su alma a los cielos/ también cerró sus ojos la tarde/ y una negrura inmensa y encrespada/ arropaba al firmamento/ en penumbra desolada”. En otras ocasiones es lo sensitivo lo que encauza la pluma de quien escribe. En esta línea leemos los bellos versos de Ballester Vázquez: “la tarde tiene olor a procesiones,/ a cirios, a claveles y a romero,/ y un acorde febril y lastimero/ rompe en el aire con sabor a pena” o los de Raúl Vacas Polo, para el que “la tarde huele a sangre y huele a incienso/ a niño y a silencio, a primavera”. Para Vacas Polo, además, “la tarde es niño sol, naturaleza,/ Un ramo de oraciones malheridas”, y pide también: “no dejes, Cristo mío, que una tarde/ ceñida de acuarela verde olivo/ aparte mi silencio de tu lado”.

En algún caso, la tarde es en sí misma el escenario de lo que acontece: “no declina la tarde/ ni se muere/ dejando el Padre al hijo en agonía// hay un desmayo azul en los olivos”... escribe M<sup>a</sup> Ángeles P. Ballester.

Otras veces es la muerte la que impregna con su lúgubre evocación las palabras del poeta: “desde la tarde del viernes/ noche ha sido todo el sábado”, escribe Josefina Verde, a quien también pertenecen los versos “sólo soledad le queda/ a la tarde muerta”. Es la de la identificación de la tarde con la muerte una idea que aparece incluso en el único poema que firma Ledesma Criado, donde “la tarde es nuestro encuentro moribundo”. También es frecuente que el énfasis o la mirada se oriente hacia la tonalidad del cielo, como es el caso de las poetas M<sup>a</sup> de los Ángeles González Recio cuando escribe, dejando que la metáfora se impregne de intensidad, que “su boca fue un incendio de púrpura en la tarde”, o Asunción Escribano, para quien “la tarde es una yegua calcinada/ que cabalga en el límite del cielo”.

Y si la naturaleza acoge maternal en su regazo al hombre-Dios herido, con mayor sentido en estos poemas, la madre, esa “gran ternura” como la denominara Dámaso Alonso, no deja solo al hijo en el Calvario sino que comparte con él ese doloroso protagonismo en el umbral de la muerte. Por ello, el sufrimiento clama desde la atalaya íntima de la Virgen, por ejemplo, en Isidro Marcos de Paul: “pero aquellas dentelladas del dolor/ las suavizaba el llanto de la Madre”. Es así como toda la imaginería cósmica rodea y ampara a la mujer que sufre ese otro gesto de la aflicción: “árbol sacudido”, “huerto arrasado”, “océano de dulzura”... Del mismo modo, la agonía tiene en M<sup>a</sup> de los Ángeles González Recio el gesto profundo de la herida interior. Soledad es el nombre falleciente que hace sentirse en primera persona a la poeta madre: “quedándose el dolor maternizado”. El yo léxico cobra una presencia sorprendente y se convierte en el hilo conductor del poemario. No sabe el lector, así, de quién es la palabra quejosa y afligida: “revivo en emoción aquella escena”, que se torna oración misericorde por los humanos. De ahí la expresión amorosa del dativo intensamente expresivo (“no me lloréis más”) que hace de la humanidad, reflejada personalmente en la escritora, una forma de comunión preciosa.

El desconsuelo también se espesa en Josefina Verde alrededor de la Virgen: “sin sangre la madre, vela...”, y de otras mujeres que lo amaron, “¿dónde habéis puesto a mi amado?”, que se preguntan por el norte sanjuanístico de su existir: “colinas, tierras y bosques,/ aguas, rocas y caminos,/ ¿alguien ha visto pasar/ al que llamaban el Cristo?”.

Deja así, esta poeta, en manos de las mujeres, aquella petición de Jesús en Getsemaní de velar por él que los hombres no fueron capaces cumplir. En esta misma dirección, y con una musicalidad de canción de cuna, la Madre del poemario de Antonio Sánchez Zamarreño comparte el dolor del hijo que se apaga, y su gesto lo anuncia hermosamente: “¿Cómo es que una Virgen/ que siempre era clara/ llena de carbones/ trae hoy la mirada?”. La agonía que redime se ovilla en el hueco cercenante de la herida cósmica (“greda, pizarra, páramo por techo”, “hielo de azul glaciario, mi Cristo helado”, “escarcha y rayo en cebadal maduro”). Es este un buen ejemplo de cómo en la poesía de los escritores de este abismo se dejan sentir los ritmos estróficos clásicos como modo de arrullar la pena.

La madre ocupa también un lugar primordial en la escritura de Juan José Sánchez Benito. Una madre que hace suya la congoja estridente de un orbe que se hace carne en el cuerpo mutilado del hijo: “Las olas de tus suspiros/ golpeaban con caricias/ el acantilado de su pecho/ y las espumas blancas de tus lágrimas/ se posaban como gaviotas/ en la fina playa de su cara”. Son el dolor, y la esperanza a la que ya apunta, los que, en un acto supremo de liberación interior, permiten afirmar al escritor que “solamente fui valiente/ cuando saliste del sepulcro/ y me llamaste a tu lado”. Del mismo modo, la mujer cobra un protagonismo candente también en Mercedes Marcos. Ella es una de tantas que acompañaron al Cristo en la subida: “Mis ojos se adelantan/ por los empedrados de Jerusalén”. Como ha escrito el teólogo Xabier Pikaza, “es muy probable que, conforme a la palabra de Mc 16, 7, hayan sido María Magdalena y las mujeres las que han puesto a Pedro en camino hacia Jesús. Por eso, su visión, siendo *primera* en sentido oficial, (conforme a 1 Cor 15, 5), es segunda en sentido histórico, pues estuvo precedida por la experiencia de María y las mujeres”. Ellas, tan ignoradas por su tiempo, cumplieron un papel esencial en la cimentación ejemplar de la lealtad: “¡Oh corazón de las mujeres,/ prodigioso arroyo fiel que mana/ desde el mar de Galilea hasta el Calvario!”.

Por otro lado, el poeta es más poeta cuando nutre su pluma del dolor de Cristo, quizá porque, con ello, se siente participar de la misma sangre. La palabra cobra entonces una densidad de fuego y va arrancando la piel a quien llena de líneas dolientes el folio malherido. La angustia contamina, en este sentido, la garganta de Sánchez Zamarreño y le hace gemir metáforas que arañan la mirada de quien las lee: “voces de alambre”, “fuego rabioso”, “aullido, abismo, aullido”, “Dios escupidera”... El poeta en un

movimiento de conmiseración se vuelve solo, a pesar de apelar a la humanidad: “yo. Millones y millones de personas”, “Ellos y yo. Nosotros. Todos. Ahora”. Pero en el fondo está solo, con la certeza de la oscuridad que le aguarda tras la muerte de Cristo (“el hombre es más oscuro en tu agonía”), y –paradójicamente– la contradicción estrangula sus palabras (“¿cómo la muerte no ha muerto?”). Aunque, en este poeta, tampoco la muerte lo puede todo. Por su parte, invocada por la dolorosa llamada de la Cruz, la poeta Mercedes Marcos, de nuevo, se ve impelida a salir al encuentro de las palabras que siente que deben referir lo sucedido, pero que, como en cualquier experiencia extrema, no llegan a poder rozar lo nombrado (“el silencio, Señor,/ es más palabra”). Por ello, son finalmente sustituidas por el mutismo y las lágrimas para decir lo que pasó aquel Viernes Santo.

Esta angustia llega al extremo, en M<sup>a</sup> Ángeles P. Ballester, de temer haber podido colaborar, sin quererlo, en esa lesión: “No dirás que te herido/ más allá del Amor/ con la mirada”. En Ricardo Bravo López, por otra parte, los signos adquieren con plenitud la esencia de lo significado y agregan en el caso de la experiencia física, la totalidad de lo afectivo. Por ello, el Cristo en la Cruz “siente al mundo en su mano taladrada/ bendiciendo la muerte que redime”. La separación entre agonía y redención no existe en este escritor, sino que se consagran ambas en una unidad de experiencia líricamente manifestada. Suma vivencias este escritor y, por tal motivo, el dolor del gesto del Cristo no “destruye la belleza” del semblante, y siembra con sed el camino del hombre que le sigue.

Pero sin duda alguna, la fuerza de la agonía en los sentimientos de los poetas que miran de frente al Cristo es tal que incluso se halla marcada también por ella la relación entre cada uno de los escritores y el propio Jesús. Podría decirse, en este sentido, que de algún modo se produce entonces una asunción de los propios valores y elementos esenciales que cristalizan en lo que tradicionalmente se ha denominado religiosidad popular, hasta el punto de que se produce una dramatización personal de la Pasión de Cristo en y por parte de cada uno de los poetas. Lo que en el teólogo es análisis en el poeta es sentimiento. De este modo, por ejemplo, en Luis Frayle Delgado el pesar del Dios es también el del hombre que sufre en él su propia llaga: “por qué no escuchas mi grito lacerado”. Musicales como pocas, las lágrimas de Juan Polo Laso humedecen el rítmico transcurrir de sus versos: “que estoy llorando de hinojos/ y mi llanto se evapora” o “y tengo llanto en los ojos”. La memoria compartida tiene en él el gesto apresurado de lo

que va a acontecer sin solución. Avanza desde la comunión con el cuerpo del amigo (“que el sabor de tu cuerpo nos asiente”) hasta la petición de humilde perdón.

En la misma línea, el hombre de José Amador Martín Sánchez se sienta a la orilla del tiempo a ordenar la confusión afectiva que le invade, y a pedir perdón por el pecado que repica anualmente en cada hombre, “frágil destino enredado en un mundo de memoria hecha olvido”. El poeta, amarrado a la presencia divina del Cristo situado ante él, clama en la poesía de Máximo Cayón Diéguez, su pena en forma de plegaria: “quiero que escuches mi ruego:/ dame paz, dame sosiego,/ eres, Señor mi esperanza”, con la certidumbre del perdón final. Los momentos clave se desovillan ante los ojos pacientes de quien sólo puede asistir a su sucesivo acontecer. De aquí toda la semántica doliente de la paradoja y la contradicción (“escarcha negra”). Los poetas se han vuelto actores de un modo que nos recuerda aquella dicotomía o esquizofrenia literaria desplegada por Ionesco en su obra *Seis personajes en busca de autor* en la que actores y personajes reales competían por ver quiénes de ellos llevaban mejor a cabo su papel. No es otra sino esta la pulsión del verdadero creyente que, a la llegada de la Cuaresma, entra en contacto directo con su particular sentir que le lleva directamente a vivir en su propia carne todo aquello que la eucaristía rememora cada día desde hace dos mil años.

Probablemente no haya laboratorio mejor que las palabras para analizar esta lucha de sentimientos encontrados. La musical poesía de José Manuel Regalado es, en este contexto, reflexión hermosa sobre el cauce rítmico del verso que arrulla al poema. No se separa el hombre del dolor del Cristo, sino que en su lírico transcurre ora por su fusión con él: “concédeme, Señor, mi propia muerte/ la muerte merecida/ –óbito de madera o de palabra,/ de esta sien o cintura–.// Concédenos nuestra propia agonía”. Esa agonía que recorre las venas del poemario echa un pulso con la luz que la alimenta, cuyo final aguarda para hacerse ver, para clamar con el poeta: “¡Ser, más, tan hondo/ consumirse en la llama”.

## 2-LA MISERICORDIA

La Misericordia tiene un espacio propio en la poesía que canta al Cristo sufriente. La nombraba en forma de prodigio lírico Luis Rosales – dibujando la llaga que deja la Cruz en la voz del poeta– cuando se preguntaba, precisamente en su poema “Misericordia”, “¿por qué sabe a madera mi voz cuando te nombro?”. Es el hueco en el que acurrucan



los poetas sus certezas afectivas. Y adopta el rostro de la madre, del amigo, del profeta o del propio escritor que se siente liberado de una culpa que hace suya. También la canta el paisaje malherido que comienza a brotar en ella, haciendo sentir en el corazón del hombre una nueva y pujante primavera, una “Pascua florida”. Es necesario, por tanto, que el camino que recorre en su deslizamiento la Agonía de Cristo pase, inapelablemente, por la Misericordia hasta llegar a la Redención. El poeta que se arrodilla ante el Cristo Yacente, con su especial sensibilidad, se hace canal humano de un afecto colectivo que recorre año tras año los corazones cristianos.

Sorprende la facilidad con la que los poetas que se postran ante el Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora se sienten impelidos por la misericordia que les produce la imagen del hombre sufriente que avanza hacia una muerte que bien pudiera haber evitado como dios, pero que sin embargo, por amor de Dios al resto de los hombres, Él mismo acepta soportar hasta sus últimas consecuencias. Es “allí donde el amor se hizo sangrante”, repitiendo la imagen de Ledesma Criado en el soneto dedicado a dicho Cristo, donde se ubica todo el misterio semanal, y donde el creyente encuentra el hontanar de sentido vital y espiritual con el que la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús le anega cada Semana Santa. “Jesús Crucificado:/ enseñanos misericordia”, clama Isidro Marcos de Paul en su “Misericordia”.

Todos los poetas parecen sentir lo que tan solo uno de ellos, el más joven quizás, puso por escrito: “Hoy quiero más que nunca, Señor mío,/ser huésped de tu amor, ser tu poeta/ y hacer de este silencio cirineo/ la eterna religión/ de tu palabra”. Como el discípulo amado, Raúl Vacas corre en su “Poema” (prólogo) al encuentro del Resucitado que, encarnado previamente en el Cristo Yacente, escucha paciente a estos trovadores de la verdad. Precisamente José L. Martínez Garvín dedica su primer poema a aquel muchacho entonces, evangelista muchos años después, que acompañara a Cristo aquellos días: “Y, cuando ya en la hora atormentada,/ Entregado a este mundo y su locura,/ Huyeron los demás en desbandada,/ Junto a la Cruz, sobre la roca dura,/ Sólo quedó el Poeta y su mirada”. De esta identificación partimos aquí. De la mirada del poeta que busca traspasar la muerte con su misericordia para hacer realidad con su esperanza el paso de la agonía a la redención.

Una misericordia que, por otra parte, se presenta en varios escenarios. Son los múltiples rostros de la compasión que en Él son uno, abocado hacia la muerte por nosotros, y que en los poetas que lo claman se dispersa en muchos modos. Es, por ejemplo, pregunta

impotente, la misericordia, en Charo de Irueta, cuando implora: “Por qué, por qué quieres morir crucificado?”. También persisten en negar lo inevitable estos escritores, a causa del sentimiento clemente que les inspira el Cristo que agoniza: “no quiero verte así, mi Dios, no quiero”, dice la misma Charo de Irueta. También en Máximo Cayón Diéguez, autor en el que, no obstante, la exaltación de la agonía es dominante, en su poema “A Jesús nazareno”, es la pregunta impotente el reflejo del dolor misericorde que se desata en el alma del poeta a la vista de la pasión agónica de Cristo.

Y si en algunos poetas la misericordia toma la forma de pregunta impotente, en otros como Ángel M<sup>a</sup> de Pablos a esa incapacidad se suma la falta de comprensión, el “no lo entiendo” que, a modo de letanía, tamborilea con insistencia a medida que avanza el poema “Meditación ante la muerte de Cristo”, en cuya segunda mitad, valiéndose del recurso de la anáfora en torno a la que gravita el sentimiento del poeta, oímos resonar nuestros despistados pasos por el camino de Emaús: “¿Por qué Dios solo admite el dividendo/ que supone el sacrificio de su Hijo/ en la flor de la vida?... No lo entiendo.// No acierto a descifrar el acertijo./ No acierto a comprender este misterio.../ ¿Renacer a través del crucifijo?...// ¿La muerte por huir del cautiverio?.../ Señor, mi Dios, a tu razón emplaza/ la duda que me crea tal criterio.”

Es a esa pregunta general de impotencia a la que ha respondido un teólogo, Jürgen Moltmann, aludiendo a lo que él ha denominado “el sufrimiento activo”, que aportaría teológicamente al creyente un motivo y un significado para ese sufrimiento, pues “implica disposición voluntaria a abrirse para verse atañido, conmovido, afectado por los otros, lo que significa que es el sufrimiento del *amor apasionado*. Si Dios fuera en todos los aspectos incapaz de sufrimiento, sería también incapaz de amor. Si Dios es amor, sin embargo, Dios abre el ser de Dios al sufrimiento que provoca el amor por otros. Dios no sufre, como nos ocurre a nosotros, por una deficiencia en su ser, sino que Dios sufre de amor por la creación, que es la sobreabundancia desbordante del ser divino. En este sentido, Dios puede sufrir, quiere sufrir y está sufriendo en el mundo”. Quizás sea por eso también por lo que tantos poetas han expresado en términos de amor correspondido su relación con Dios. Por eso la mística como grado superlativo de dicha expresión y cima de las más altas cotas de belleza literaria. También entre nuestros poetas se ve reflejado este aspecto. Hay ecos teresianos implícitos, por ejemplo, en la “Oración al Santo Cristo de la Agonía Redentora” de Charo de Irueta; y sanjuanistas, también, en “Dios sin rostro” de Luis Frayle, o en los versos ya citados de Josefina Verde.

No obstante, como más comúnmente se presenta la misericordia es mediante el reconocimiento explícito del dolor al que nos somete el ver a Cristo agónico y sufriente: “mientras otros no quieren conocerte/ y rehusando su cruz, huyen de verte,/ lágrimas de dolor, a tus pies lloro”, escribe, en “El poeta ante la Cruz”, Marcos de Paul. En otros casos, como en el poema “Redentora agonía”, de M<sup>a</sup> Ángeles P. Ballester, se hace uso de la hermosa imagen de “[...] tu cuerpo de llamas// prendiendo de Agonía el universo”. No deja nunca tampoco el poeta cristiano de lado la plegaria en su escritura. La oración lírica de M<sup>a</sup> José Boyero se expresa, sobre todo, en la reflexión de quien contempla al Cristo como unidad entre el hombre y el mundo. El dolor no se ceba en su agonía, sino que apunta a la gracia como una saeta que rompiera el firmamento: “tu misericordia nos condujo a la gracia”. Se trata este, para dicha autora, de un Cristo que da sentido a la palabra del hombre siempre, y cuya fidelidad se deja sentir a través de los siglos. En los versos de Pedro Hernández Puerto, el escritor dolorido ante el daño suplica la misericordia del doliente. Es esta una forma de humildad que se ofrece ante el lector en forma de paradoja: “no te acerques”, pero a la vez, “no me dejes solo ni un instante”. La misericordia se hace oración, asimismo, en Isidro Marcos de Paul. Con el ruego del perdón y la compasión, el hombre se dirige al Cristo crucificado implorándole “enséñanos misericordia,/ porque no sabemos ser misericordiosos”.

De un modo tan original como atrevido, la misericordia la busca Raúl Vacas Polo en un viaje íntimo que conecta el cielo con el corazón. Se trata de un itinerario que se configura en el gesto final de la palabra, como modo –a la vez– de pregunta y de respuesta. El poeta es, por tanto, profeta del pesar y, “a tientas con su verso, este poeta/ eleva a ti, Señor, la voz del mundo”, se hace sabedor de los padecimientos humanos. Se identifica, entonces, con las ausencias, con las traiciones, “como Pedro aquel día, te negué”, con lo que el avance entre la agonía y la redención se realiza en el recodo íntimo del pensamiento, y se exterioriza en el modo más patente de la expresión lingüística. Todo el testimonio de la herida se tamiza en los verbos en primera persona. Con un repiquetear musical, la misericordia es claramente fraternal: “Cristo en la cruz es hermano/ hecho como yo de arcilla/ espero como Él, un día/ sentirme resucitado”.

Sin embargo, y pese a nuestra incompreensión limitadamente humana del profundo significado de la muerte de Jesús, el poeta, ante la Cruz, intuye no pocas veces lo que el teólogo Jürgen Moltmann señaló al manifestar que “hay un momento místico de

silencio entre la cruz y la resurrección”. De ahí los versos de Mercedes Marcos Sánchez cuando dice: “Un grito. Luego el silencio./ Y en silencio estoy aquí/ mientras resucitas Tú/ y resucitan los muertos.” Y concluye este corto poema con la devoción profunda del verdadero creyente que manifiesta su fe al pedir: “¡Cristo, ten piedad de mí!”, y que evoca en el lector la bellísima aria “Erbarme dich, mein Gott” (“Ten piedad de mí, Señor”), de la *Pasión según san Mateo* de Juan Sebastian Bach, en la que Pedro llora y se arrepiente de haber negado a Cristo.

Es por este motivo por el que el sufrimiento en la Cruz, a pesar de ser el principal escenario de la agonía de Cristo, logra ser extrapolado por los poetas, mediante su sentimiento, para convertirlo en un elemento primordial del proceso por el que ellos sienten y paladean el redentor sabor de la misericordia. Quizá de esa comprensión piadosa brote también la visión de la Cruz como algo más que como un simple madero y, por ello, todos los que la nombran lo hacen percibiéndola preñada de luz: “No madera adoramos”, subraya José Manuel Regalado. Para Isidro Marcos de Paul “Muerte y vida brotan de la cruz”. Pilar Ballesterro Vázquez ve en ella “esperanza redentora”. Para Ricardo Bravo López, “La Cruz signo de derrota/ se abre en aspas de caminos”. M<sup>a</sup> Ángeles P. Ballesterro, por su parte, es consciente de que no es la madera leña, sino que es en ella en la que se lleva a cabo el proceso salvífico: “Qué sutil madera// Donde arden los espacios del surtidor del alma/ que deslíe la muerte”. La cruz es, para Ángel María de Pablos, “[...] fuente de esperanza,/ es camino sin barreras,/ torrente de Amor que todo lo arrastra,/ luz que atraviesa la niebla...”. No en vano, como escribe el mismo Ángel María de Pablos, “Que es gran desasosiego de la vida/ sentirse leño con afán de palma”. Para Máximo Cayón Diéguez, en definitiva, la cruz “deviene en bienaventuranza”. Quizás todo esto se deba al hecho de que, siendo la Cruz el lugar del aparente abandono de Dios a sí mismo y al hombre en que se encarnó, constituye, sin embargo, lo que Torres Queiruga ha denominado la “dura cátedra de la última lección” para el propio Jesús y para todos sus discípulos de entonces y aún de hoy.

### 3-LA REDENCIÓN

La redención es el semblante más cristiano y hermoso de la muerte. Es el final de un túnel oscuro que apunta e impulsa al hombre hacia la Luz. El rescate pagado por un dolor sin nombre, ni palabra que lo pueda nombrar. Es el rostro de Dios esperando detrás de todo... Y por eso debería ser repetida y proclamada desde la hondonada del

desconcierto hasta el delirio más creciente de la certeza final. A ella apela de manera lacerantemente convincente Dámaso Alonso cuando escribe: “Luz, yo vivo./ Un infinito cabe en la luz de un segundo:/ no me habléis ya de muerte”, y los poetas incluidos en esta obra la intuyen entre la greda oscura de la sangre, y la palpan con una palabra que les empieza a llenar los ojos de llamas y de hogueras...

Sin lugar a dudas que la muerte fue. Nos la nombran con hastío los poetas por más que la disfracen hábilmente. “Ya tu cuerpo contemplo sin latido:/ como copo de nieve maltratado,/ blanco lirio en el suelo deshojado,/ pequeño gorrión que fue abatido”, escribe Hernández Puerto en el soneto “Cristo yacente”. Sin embargo, “la fe no sólo nace de la cruz”. Es probablemente este último verso de “Fe”, de Raúl Vacas Polo, el punto desde el que reiniciar la ascensión definitiva hasta el último pico de esta escalada. Llega así la muerte de la muerte. El propio Vacas Polo lo ha confirmado en “Resurrección de Jesús” al escribir: “La muerte que escribiste sin adiós/ con letra de tu sangre, en el madero,/ murió junto al sepulcro el día tercero”. Esta redención, pese al dolor y la angustiada duda de la vigilia que antecede a la mañana del tercer día, arriba, en palabras de M<sup>a</sup> Ángeles P. Ballesteros “porque abrazó la muerte en cada hombre”. Precisamente es en su poema “Momentos” donde esta autora declara que “Es tan fácil la luz/ En la tiniebla/ Donde te deja el abandono ahora,/ Que puedes redimir todo universo”. Es así como, finalmente, la Resurrección de Cristo sirve como redención a nuestras vidas. También lo expresa Juan Polo Laso con su último poema, “Requiebros al Señor resucitado”, que comienza: “De tu luz nace el día/ con guiños y sabores,/ y asomados al grito/ nosotros florecemos”, y cuyo último verso, cerrando el poemario: “Cobija en tu regazo nuestras llagas”, expresa, mediante esta súplica, la fe del poeta.

Igualmente, las señales del mundo preceden a la Redención. En el antes mencionado Polo Laso, la primavera confiada y redimida hace clamar sus signos detrás no sólo de un poema concreto, sino que hace rebosar todo el poemario de sus más claros símbolos (rosas, lirios, ruiseñores, espigas...) para convertir el dolor cimentado en los pasos de la muerte, en gozo, luz o canción: “Señor de las espigas/ que tu aliento alborea”. El elemento natural, por su parte, sirve a M<sup>a</sup> Ángeles P. Ballesteros como panel ilusionado, como brocal de ansia sobre el que volcar la pena, “donde el alma le cede a lo tangible”. Tampoco el tiempo es ajeno a una dádiva que amarra épocas distantes y las vincula en una experiencia tan radical como transformadora. Por eso no es infrecuente que el poeta adquiera como propia la voz de los testigos directos. Nuevamente el escritor hace suya la tradicional dramatización semanasertera a la que nos hemos referido anteriormente al

hablar de la vivencia agónica de la Pasión por parte de los poetas. En este caso de lo que se trataría es de reflejar en qué medida esta voz lírica comienza a vislumbrar la gracia. De este modo, Asunción Escribano se siente identificada con cada uno de los personajes del fresco que constituye esta tríada afectiva. Vuelve a ser un Judas redimido, un discípulo amado, un Nicodemo perdonado o una Magdalena enamorada. Todos aquellos que hicieron de su temblor un camino para la claridad. En la misma dirección, cruza los pasos de la muerte con la cronología lírica del poema, José L. Martínez Garvín, poeta que traza el rostro expresivo de los que le acompañaron en la llaga y, con ello, se sintieron liberados: Juan, testigo, cuyos ojos reconstruyen el gesto hermoso de la amistad junto a la Cruz; la madre, úlcera más profunda para el hijo que la lanza, la sed o el abandono; Juan, el poeta, el testigo, el nuevo hijo que toma la palabra agónica en el poemario para hacerse hoy un nuevo albacea resplandeciente de lo que pasó...

Otros poetas apuestan por nombrar la redención en toda su plenitud, aunque en sus versos hermosos pudiera parecer que dolor y belleza no son concordantes. Así, por ejemplo, en José Ledesma Criado, aunque la contraposición entre léxico antagónico parece dar preeminencia al daño primero, a la postre se certifica la imposición de la misericordia redentora sobre el agónico transitar: “Ya está Cristo con todos, con el mundo,/ el poeta ante la Cruz sin nieblas/ roza la luz, más allá de la muerte”. La redención luminosa de Pedro Hernández Puerto, por su parte, tantea con dificultad la sombra: “entre crespones el alma/ a tientas va con la luz”. La palabra del hombre es una forma clara de reparar su culpa: “En tu noche, Señor; la voz me diste/ para hacer un poema a lo divino”. Y ese camino se hace cauce en el Viernes Santo, tiempo final que fusiona el sentir poético con el íntimo objeto de su contemplar: “¡Voy a tu luz, HERIDA LUMINOSA!”. Para Isidro Marcos de Paul, el tránsito de Cristo presenta un rostro también ilusionado: “camino de la Cruz/ florecen la esperanza/ y el silencio de Dios/ en los prados del alma”; como igualmente ocurre en la poesía de Pilar Ballester Vázquez, donde la redención es siempre diáfana (“Cristo en la Cruz, mañana,/ la luz nueva al despertar”) y henchida de promesas. Pero sobre todo vuelve su rostro Ricardo Bravo López hacia la Redención, que está siempre al final de la travesía, al concluir el verso, con la certeza que la fe consagra: “Es el hijo de Dios. No hay más respuesta”.

De un modo señalado, el posesivo recurrente es la señal lingüística de la aceptación redentora de la liberación del hombre: “mi Dios de la impiedad,/ mi Dios, perdido, mi ansia” clama José Manuel Regalado, que en esta muerte alimenta la semilla de su

renacer como hombre y como poeta nuevo que canta. De esta soledad surge la palabra que finaliza con la convicción gozosa, “Tu amor solo/ Tu amor solo”, escribe el poeta mencionado. Por otra parte, el símbolo de la Redención en José L. Martínez Garvín tiene la forma líquida del eterno manar: “Bebiendo de la fuente del perdón”. La redención, por otro lado, es breve, pero intensa en Josefina Verde, “tu fe de cada día extenderá su reino”, mientras que se explicita en M<sup>a</sup> Ángeles P. Ballestero en el título de un poema, cuyo final enlaza los extremos entre la agonía y la resurrección: “donde el humano tienta/ lo que le toca Eterno”. También Luis Frayle Delgado espera tras el sufrimiento del hombre, la liberación (“de tu pecho abierto/ han brotado raudales de luz”), con toda la intensidad de contradicción que esto supone.

Con más suerte, José Amador Martín Sánchez se encuentra con la Mirada (“en tu mirada es dulce el silencio”) donde acompasar las alabanzas que salvan. Son los ojos del Cristo el norte de la vida, el lugar donde la redención y la misericordia se humanizan: “en esa mirada de resplandor divino,/ que no se cansan de mirar mis ojos”. La redención adopta en él la forma de la Luz esperanzada que silencia tras de ella la umbría: “En las orillas de las sombras existe la luz”. Del mismo modo, para M<sup>a</sup> de los Ángeles González Recio, finalmente, detrás de los extremos del sufrimiento se alza la redención como paz: “más allá de todo lo esperado/ se alza tu paz sin límites” y como gloria que se funde –de nuevo en primera persona en esta escritora– con el sujeto de la contemplación: “te acercas hasta mí Resucitado”. Y no falta un poema último en Máximo Cayón Diéguez que abre el cauce de la redención, la oración final que concluye con una hermosa terna: “Son ahora mis bienes de fortuna/ la fe, la caridad y la esperanza”, esas tres virtudes que alientan permanentemente el acontecer cansado del lapso vital del creyente.

Mucho más es lo que podría decirse de todos estos versos, mas llegado es el momento en que los lectores, los cofrades creyentes de la Semana Santa, los lean y oren con ellos haciendo suyos los sentimientos de los poetas que ante la cruz vertieron en estas páginas las palabras que la misericordia ante el sufrimiento de Cristo les generó. Suya ha sido, por tanto, la primera parte de la oración. De cada uno de nosotros habrá de ser la segunda, más personalizada. La tercera, y última, no nos corresponde a ninguno de nosotros nombrarla, sino ya solo esperarla.

Asunción Escribano  
(Catedrática de “Lengua y Literatura españolas”  
en la Universidad Pontificia de Salamanca)